

El reinado de nuestro Señor Jesucristo y la ley moderna

written by Redaccion | 01/11/2021

«¡No permitiremos que este Hombre reine sobre nosotros!» (Lc 19,14) «¡No tenemos más rey que el César!» (Jn 19:15) Con estas líneas los judíos repudiaron el reinado de Nuestro Divino Salvador.

Hoy, las líneas adoptadas en la batalla por establecer la Realeza de Cristo son estas:

«El enemigo es el Paganismo y la vida moderna, el medio para derrotar al enemigo es la difusión y esclarecimiento de los documentos papales. **El tiempo de la batalla es el momento presente.** El campo de batalla es la oposición entre la razón y la sensualidad, entre los caprichos idólatras de nuestra fantasía y la verdadera Revelación de Dios, entre Nerón y Pedro, entre Cristo y Pilato. La lucha no es nueva, solo el tiempo en que se desarrolla es nuevo.» (Cardenal Eugenio Pacelli, Discurso ante el Congreso de periodistas católicos, 1936)

Pero los enemigos de la Realeza de Nuestro Señor Jesucristo no son sólo los que se confiesan oponerse frontalmente a Su plan de redención.

A estas voces impías y rebeldes también las siguen de forma encubierta aquellos católicos que deforman las palabras del Divino Maestro cuando declara a Pilato que «Mi Reino no es de este mundo». (Jn 18,36). Le dan a sus palabras un significado restrictivo como si su realeza fuera solo espiritual, una realeza sobre las almas y no una realeza social sobre todos los pueblos, naciones y gobiernos.

Cuando Nuestro Señor dice que Su Reino es de este mundo, el **Card. Pie** aclara, es para significar que no deriva de este

mundo, ya que proviene del Cielo, y no puede ser usurpado por ningún poder humano. No es un mundo como los de esta tierra, limitado, sujeto a las vicisitudes de las cosas del mundo.

En otras palabras, la expresión «de este mundo» está vinculada al origen mismo de la Realeza Divina y no implica, de ninguna manera, que Jesucristo rechace el carácter social de Su Reino. De lo contrario, sería una flagrante contradicción con otras palabras de Nuestro Señor donde afirma claramente que «Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra». (Mt 28:18)

«Si esas palabras sobre la moneda privaron a César de su divinidad», dice el filósofo ruso Vladimir Soloviev, «las nuevas palabras [Todo el poder me es dado] le quitan la autocracia. **Si César quiere reinar en la tierra , no puede hacerlo a su propia discreción: debe hacerlo como un delegado de Aquel a quien se le dio todo el poder en la tierra** «.

El espíritu revolucionario

Ahora bien, una de las principales características del espíritu revolucionario es la pretensión de separar la vida religiosa de la vida civil de los pueblos. No es la voluntad expresa de Dios la que impera en las leyes como imperativo de la justa razón promulgada por el poder legítimo para favorecer el bien común. Más bien, lo que prevalece es la voluntad de la mayoría, o la voluntad todopoderosa de todos.

Se afirma erróneamente que la causa eficiente del bien común no está fuera ni por encima del hombre, sino más bien en la voluntad de los individuos. Por tanto, se dice que el poder público se origina en la multitud.

León XIII condena este pensamiento: «En la medida en que la razón individual de cada hombre es su única regla de vida, la razón colectiva de la comunidad debe ser la guía suprema en la gestión de todos los asuntos públicos. De ahí la doctrina de la supremacía de la mayoría, y que todos los derechos y

deberes residen en la mayoría «. (Encíclica Libertas del 20 de junio de 1888).

Por eso, en la sociedad moderna, la existencia de cualquier vínculo «entre el hombre y la sociedad civil, por un lado, y Dios Creador y, en consecuencia, el Legislador Supremo, por el otro, es claramente repudiado». (Ibid)

Antes del siglo XVIII, cuando la Revolución Francesa tiránicamente y artificialmente implantado el revolucionario «nueva ley» en el mundo, en todos los países occidentales había instituciones políticas y sociales sobre la base de la fuerza de las costumbres católicas, instituciones que no habían sido elegidos por la engaño de la soberanía del pueblo.

Como dice Joseph de Maistre: **«La constitución civil del pueblo nunca es el resultado de una deliberación»**. La ley básica que debe regirnos no debe ser un simple acto de voluntad, sino un precepto de la justa razón que no puede ignorar y menos aún oponerse a los Divinos Mandamientos. Las leyes humanas deben surgir de la Ley Eterna. Como dice León XIII, si la **ley que determina lo que es correcto o lo que se debe evitar se deja a la discreción de la mayoría, este es un camino que conduce directamente a la tiranía.**

La maldad del Código Napoleónico

No es de extrañar, por tanto, que Napoleón estuviera más orgulloso de su Código Civil que de sus victorias militares. Se convirtió en el consolidador de la Revolución, no tanto por su acción en el campo de batalla como por la codificación que hizo del torrente de leyes que emanaron de las asambleas revolucionarias.

REFLEXIONES SOBRE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA, PUBLICADA POR LAS CORTES EXTRAORDINARIAS EN 1812

EDITORIAL
tradicionalista



[COMPRAR PULSE AQUÍ](#)

Napoleón mandó hacer esta pintura para mostrar que su Código Civil perduraría a lo largo del tiempo.

Cambaceres [uno de los autores del Código Napoleónico] y los de su calaña pusieron un simulacro de orden en ese caos de

legislación racionalista que sólo se preocupaba por el orden natural, ignorando por completo el orden sobrenatural. **Este Naturalismo sería suficiente para establecer la ruptura de esa legislación revolucionaria con la Ley Eterna.**

Pero, además, muchos artículos del Código Napoleónico están en oposición frontal a Jesucristo y Su Iglesia.

El cesarismo del código se manifiesta por el establecimiento del «matrimonio civil», por el permiso otorgado para el divorcio; por los ataques al patrimonio familiar en sus estatutos sobre sucesiones familiares; por el no reconocimiento de órdenes religiosas; por el rechazo del derecho de la Iglesia a adquirir y poseer libremente propiedades.

Su cesarismo sostiene la supresión revolucionaria de los gremios y la libertad de asociación mientras afirma el falso principio de la igualdad civil y política de todos los ciudadanos. Basado en este falso principio, da otro golpe mortal a la institución de la familia al prescribir la distribución equitativa de la herencia. Así, a través de este Código revolucionario, que es el modelo adoptado por todos los Estados modernos, Cristo Rey fue excluido de los gobiernos y leyes que rigen a los pueblos.

Entonces, podemos decir con Blanc de Saint-Bonnet que «el Imperio [de Napoleón] fue la coronación del Liberalismo, o en otras palabras, la instalación del Cesarismo: el reemplazo más perfecto de Dios por el hombre, de la Iglesia por el Estado desde los imperios romano y otomano.

«Con esto se abre la puerta al socialismo y al comunismo. **El liberalismo conduce fatalmente al comunismo, no como una reacción, como afirman algunos sociólogos superficiales, sino por su propia esencia, por sus características reales**

» La libertad desenfrenada que dio a los errores religiosos y sociales. Luego, socavó la propiedad en su fundación por la

forma en que trató los derechos de la nobleza, por su expropiación de los bienes de la Iglesia, por su disposición arbitraria del patrimonio familiar, por su consentimiento a los abusos en la vida económica y por su explotación. de hombre por hombre.

«El liberalismo instaló en los Estados la fuerza brutal de las masas, cediendo completamente todo el poder al sufragio universal. Ahora bien, el comunismo se basa en el ateísmo y finalmente en la usurpación del capital por la fuerza de las masas» (Blanc de Saint-Bonnet)

El punto de convergencia general de toda la obra revolucionaria es, por tanto, la negación radical del Reinado Social del Divino Salvador. «¡No permitiremos que este Hombre reine sobre nosotros!» «¡No tenemos más rey que César!»

Por lo tanto, **«el error dominante, el crimen capital de esta siglo es la pretensión de divorciar a la sociedad del gobierno y la ley de Dios ...** El principio en la base de todo el edificio social moderno es el ateísmo de sus leyes e instituciones. Incluso cuando se disfraza bajo los nombres de abstención, neutralidad, incompetencia o igual protección, incluso cuando se contradice con diversos detalles o acciones secundarias y accidentales, el principio de la emancipación de la sociedad del ámbito religioso permanece en el fondo de todo. Es la esencia de lo que se llama los 'nuevos tiempos' «(Cardinal Pie, Oeuvres, vol. 7).

Para no abandonar su Fe, el Católico debe, por tanto, como miembro de la Iglesia Militante, luchar por la restauración del Reinado de Cristo como único camino hacia la restauración de la verdadera Civilización, es decir, la Civilización Cristiana, la Católica. Ciudad. Y si Jesucristo es el Rey de toda la Creación, tenemos en Su Santísima Madre a la Reina del Cielo y de la Tierra.

Pidamos a Nuestra Señora que apresure la plena restauración

del Reino de su Divino Hijo

San Luis María Grignon de Montfort dice que fue a través de la Santísima Virgen que Jesucristo vino al mundo, y también a través de ella debe reinar en el mundo. Esta devoción a la humilde Virgen María, tan despreciada por los orgullosos que se hinchan con la ciencia vana del mundo, está tan ligada a toda la Doctrina Católica que podemos decir que es el último eslabón de una cadena de verdades cuyo primer eslabón es el dogma de Dios Creador.

Es este último eslabón el que evita que la sociedad humana caiga en el abismo del naturalismo y el comunismo. Las cuestiones más graves, las mayores consecuencias del orden humano y social dependen de estos artículos de la Fe, de estos puntos de dogma ahora relegados al interior de los santuarios.

En este mes del Rosario y de la fiesta de Cristo Rey, hagamos ascender nuestras ardientes oraciones al trono de la Madre de Dios para que pronto llegue la pronta y plena restauración del Reino de su Divino Hijo para la humanidad sufriente.

Publicado en Catolicismo , octubre de 1952